

IX.—**Enderézase en ocasiones la enfermedad al perfeccionamiento de la virtud.**—No permita Dios que de lo últimamente consignado se deduzca que debe calumniarse como pecador á cualquiera que esté afligido por la enfermedad; antes al contrario, el médico verdaderamente cristiano debe pensar bien del prójimo, y emplear un lenguaje lleno de bondad y caridad, y no tratar como delincuentes á los enfermos que solicitan sus auxilios. *Puesto que ignoramos los juicios de Dios, escribe San Gregorio, y no sabemos si envía las aflicciones corporales para acrisolar á las almas, ó para castigar el pecado, no debemos aumentar la aflicción del enfermo acusándole de pecador, á fin de no incurrir nosotros mismos en pecado* (1). Será útil y oportuno que el enfermo, á imitación de los Santos, atribuya á las propias faltas las molestias que experimenta (2); pero los que le asisten deben pensar y hablar en un sentido más benigno, y tratarlo como un justo á quien Dios quiere perfeccionar siempre más: buen ejemplo de ello tenemos en el santo Job.

San Juan Crisóstomo hace observar, que pudiendo el apóstol San Pablo curar á su santo discípulo Timoteo (como hacía á cuantos enfermos se le presentaban), no quiso efectuarlo; antes bien aconsejóle *usar de un poco de vino por causa de su estómago y de sus frecuentes enfermedades* (3). *¿Y por qué motivo no le curó? Responde el santo Padre: Precisamente con el fin de que si nosotros vemos ahora á los hombres eminentes y virtuosos afligidos por la enfermedad, no nos escandalicemos* (4). Expone además ocho razones que explican por que Dios aflige por medio de las enfermedades aun á sus más fieles servidores. Limitarémos á hacer aquí un ligero apunte de ellas, remitiendo el lector á la preciosa homilía donde son tratadas *in extenso*.

Sujeta, pues, Dios á las enfermedades á sus más caros amigos, 1.º para que sean humillados; 2.º para que sean reconocidos de sus admiradores como hombres frágiles y por tanto imitables en sus virtudes; 3.º para que muestren el poder divino, el cual se sirve de débiles instrumentos para obrar grandes cosas; 4.º para que sean ejemplo espejo de paciencia y de amor desinteresado hacia Dios; 5.º para que manifiesten en sí mismos una prueba patente de los premios reservados por Dios en la otra vida y singularmente en el día de la universal resurrección, en que todo sufrimiento debe ser premiado; 6.º para que sirvan de consuelo en las adversidades del prójimo, acor-

(1) S. Gregor., *Registr.*, lib. II, Epist. VIII.

(2) *Ibid.*, lib. IX, Epist. CXXIII.

(3) I *Timoth.*, v, 23

(4) Homil. XIV, *in Epist. ad Timoth.*

dándose éste de las tribulaciones pacientemente sufridas por los justos; 7.º á fin de que nos sirvan de incentivo para imitar sus virtudes, viendo la semejanza que tienen con nosotros, y 8.º á fin de que aprendamos á no llamar dichosos á aquellos que han disfrutado todo género de terrenales delicias, como ni tampoco miserables á los que han sabido sufrir (1).

No olvide el médico nunca estas verdades, que en mil ocasiones le servirán de auxilio poderoso para raciocinar como conviene á un cristiano.

## CAPÍTULO XV

### Influencia del estudio de la Medicina en las costumbres de la juventud

Objeto de este capítulo.—El ovido del elemento espiritual del hombre corrompe á los jóvenes médicos.—Remedio contra este peligro.—Funesto efecto del abuso de la Anatomía.—¿Cómo puede evitarse?—Cómo la frecuencia de la lectura de cosas obscenas pervierte las costumbres.—Precauciones que hay que tomar contra este desorden.—El desprecio de la muerte provoca la maldad.—Preservativo.

I.—**Objeto de este capítulo.**—Aunque es cierto que la Medicina revela al hombre su propia miseria, la grandeza de Dios, las enfermedades producidas por el vicio y otras verdades propias para inspirar la reforma de la vida; no obstante, todas las Universidades de Europa en general, lamentanse de que la mayor parte de los jóvenes que estudian Medicina son los de peores costumbres (2).

(1) Homil. I *ad Popul.*, *Antiochen.*, n. 6 y sigs.

(2) Esta opinión casi general en las naciones civilizadas, ha dado lugar á un gran número de trabajos. Citamos aquí los principales, cuya opinión está explicada y refutada. Lussault, *Apologie des medecins contre ceux qui les accusent de ne point avoir de religion*. Paris, 1663.—Brown, *De Religione medic.* Leyde, 1644.—Moser., *Quadriga medicince triumphantis... De medicis sanctis, eorumque vitis*. Colonia, 1645.—Dreincurt., *Oratio inauguralis, qua medicos justis Dei operum consideratione, atque contemplatione permotos ceteris hominibus religionis arctioris esse demonstratur, atque etiam impietatis crimen in ipsos jactatum diluitur atque propulsatur*. Montp., 1663.—Balme, *Reclamación en favor de los médicos acusados de irreligión*. Lyon.—Stenzelius, *Medicum ab iniquis judiciis vindicaturus*. Vittemberg, 1738.—Albert., *De medici officio circa animam in causa sanitatis*. Hal. Magd. 1745. *De convenientia medicince cum theologia practica*. *Ibid.*, 1732.—Bhomer., *De Medicorum anime et corporis in sanandi egris*

Para explicar este fenómeno es inútil buscar aquellas razones que son comunes á los que estudian otras facultades. Pero, después de largas y maduras reflexiones, creo haber descubierto el verdadero origen de este desorden; y como es imposible emprender la curación de una enfermedad sin conocerla (1), creo prestar un servicio útil exponiendo aquí los principios de los que proviene. Ya indicaré luego los medios más propios para preservar á los jóvenes médicos de la corrupción, ó para curarlos si estuviesen atacados de ella, á fin de que presten los más útiles servicios á la Religión, que tanta protección y gloria recibe por virtud de las buenas costumbres de sus hijos. (2) Estos medios están indicados por la razón natural y por la experiencia constante de un gran número de escolares, que saben unir el amor á la ciencia con una conducta morigerada y las más sólidas prácticas de la Religión (3), sin contar con la falange de médicos de que nos ocuparemos luego, quienes por el heroísmo de sus virtudes merecieron el honor de los altares.

II.— **El olvido del elemento espiritual del hombre corrompe á los jóvenes médicos.**—El primer origen del desorden en cuestión, es á mi ver el olvido del elemento espiritual del hombre. Embriagada por los vapores de la ciencia, la juventud se fija únicamente en la estructura, en las funciones, en las enfermedades y en los remedios de nuestro frágil organismo (4); y llega á veces progresivamente á la negación de lo que constituye el resorte, ó sea de la sustancia espiritual, libre y eterna, á pesar de todas las demostraciones evidentes que el estudio de la misma Medicina suministra (5). Engañados por el objeto mismo de su profesión, hacen consistir todo el interés del hombre en preservarle de los males físicos y en la adquisición de lo que ellos falsamente llaman el *máximo bien*, esto es, la prolongación de

*conjunctio*. Hal. Magd. 1736.—Mathias, *De habitu medicinae ad Religionem*. Gottinga, 1739.—Stack, *De temperantia medicorum*. Aldorf, 1725.—Fischer, *De medici circa moralia et physica in curandis morbis prudentia*. Erfurt, 1727.—Heister., *Apologia pro medicis atheismi accusatis*. Amst., 1736.—Bienvenu, *Des qualités morales du médecin*. Paris, 1817.—Platner, *De viro bono medico*. Prologus XXV. Leipzig, 1746.

(1) Polyb., *Hist.*, lib. III, pág. 227. Amst., 1676.

(2) Valsecchi, *Fondam. de la Relig.*, lib. II, c. XII.

(3) Meibom, *In Jusjur. Hipp.*, pág. 11 y sigs. Leyde, 1643.

(4) Léase Schenck, *Enchiridion de formandis medicis studiis, et schola medica instituenda*. Estrasburgo, 1607.—Guenellon, *Diss. de genuina medicina instituendi ratione*. Amsterdam, 1680.—Vordoni, *Essai d'une méthode pour former de bons médecins*. Padua, 1808.

(5) V. *supra*, p. II, c. II y sigs.

la vida (1). Esto expuesto, yo pregunto: ¿acaso el hombre que olvida la eternidad, y sacrifica todo otro bien á la vida corporal, no lleva en sí el principio de toda maldad (2)?

III.— **Remedio contra este peligro.**—Para evitar esta desgracia á los jóvenes, es preciso instruirles mejor y exhortarles á meditar á menudo á que se formen una idea más exacta y más sublime del hombre. Cicerón decía ya á este propósito: *Todo lo que se toca con el dedo en el hombre no es el hombre, es más bien el vaso, el receptáculo que contiene al hombre* (3). *Es su prisión*, decía Platón (4). *Es el teatro de sus miserias*. (Stobæus) (5). A estos testimonios de la Filosofía y del Paganismo, la Santa Escritura añade los suyos: *El cuerpo corruptible apesga al alma, y este vaso de barro deprime la mente* (6); *pues está destinado á la muerte* (7), *y resiste á la ley del espíritu* (8). El último fin del hombre es Dios (9), y para poseerlo eternamente es preciso estar pronto á sacrificárselo todo (10). En perdiendo ó salvando el alma se pierde igualmente ó se salva el cuerpo. Importa, pues, al cuerpo que el alma sea el principal objeto de los cuidados del médico (11).

IV.— **Funesto efecto del abuso de la Anatomía.**—Las bellas y evidentes verdades que acabamos de indicar, servirán para disminuir los funestos efectos que la Anatomía produce sobre la moral del estudiante; pues es cierto que á fuerza de dominar el horror natural que inspiran los cadáveres, á fuerza de contemplarlos tranquilamente abiertos y mutilados, de diseccionarlos ellos mismos — que es la primera ocupación de los cursantes de Medicina, — su corazón se hace insensible, inexorable y feroz (12). Fácilmente se comprende que un alma en esta condición no está bien dispuesta para apreciar los suaves efectos

(1) Stob., *Eclog.*, serm. CCLXXII y CCLXXIII, pág. 879 y sigs. Francfort, 1581.

(2) S. Agustín, *in Joannem*, tract. LI, *circ. med.*

(3) Cicer., *Tuscull.*, lib. I, n. 52.

(4) Platón, *In Critia*, tom. III, pág. 121. *De legibus*. V, tom. II, pág. 731 y *sæpe in Timæo*.

(5) Stob., *Eclog.*, serm. CCXLII y CCXLVII.

(6) Sap., ix, 15.

(7) Ad Rom., vii, 24.

(8) *Ibid.*, 23.

(9) S. Tom., *Sum. Theol.*, II, 2, q. 122, art. 2, c., et q. 184, art. 1., c.

(10) Matth., xiii, 46.—Luc., x, 42.—Ad Philipp., iii, 8.

(11) Matth., v, 24 y sig.; x, 28.

(12) Séneca, *De clementia*, lib. I, pág. 206; lib. II, pág. 210. Amberes, 1605.

de una dulce virtud (1). Sería menester mucha filosofía para dejar en el anfiteatro esa especie de ferocidad, y volver á encontrar á la puerta la sensibilidad y ternura de corazón tan recomendadas en el Evangelio.

V.—**¿Cómo puede evitarse?**—Si se practicase la Anatomía con el único objeto que la Medicina se propone, y con el respeto debido al cuerpo humano, los cadáveres serían los más elocuentes profesores de las más altas doctrinas. En efecto, ellos enseñan *la ciencia de Dios y de sí mismo*, que envidiaba San Agustín, y que es de gran importancia para adquirir la humildad, la caridad y todo el cortejo de virtudes cristianas (2). ¿Por ventura no ofrece el cuerpo humano el más hermoso testimonio de la grandeza, de la sabiduría y de la omnipotencia divinas? ¿Cómo olvidar, si bien se considera, que Dios lo ha formado de vil materia, que lo ha organizado de mil piezas complicadas, destinadas á desempeñar las más maravillosas funciones (3)? ¿Cómo no pensar en nuestra propia debilidad y en lo deleznable de nuestro fausto, que tan pronto se desvanece (4)?

Tales meditaciones serían un preservativo para el corazón de los jóvenes, demasiado inclinados á sacrificarse por las beldades terrestres. Contemplando un cadáver es cuando se comprende que las impresiones de lo bello son imaginarias y falaces, pues nos enseña lo que deben ser un día los ilusorios atractivos que tan locamente agitan nuestra imaginación (5).

VI.—**Cómo la frecuencia de las ideas obscenas pervierte las costumbres.**—La imaginación de los jóvenes ofrece además peligro desde otro punto de vista: tal es el hallarse en edad prematura y frente á frente de tratados en los cuales se explica la estructura, las funciones, los desórdenes y los remedios de las partes del cuerpo humano que *el pudor respeta*. Avidos de curiosidad, pronto anhelan experimentar aquellas cosas sobre las cuales oyen disertar (6). En vano el profesor elama contra los placeres prohibidos; sus esfuerzos sólo sirven para avivar la pasión (7). Si Menandro, citado por San Pablo,

(1) Aristót., *Moral ad Nic.*, lib. VII, c. 1.

(2) S. Agust., *Sol.*, lib. II, in princ.

(3) Galeno, *De usu partium*, lib. XVII, c. III.

(4) Galeno, *De Anat. admir.*, lib. II, c. I.

(5) Phavorinus apud Stoboeum, *Eclog.*, serm. CLX.

(6) Muratori, *Filosofía morale*, c. XIV, pág., 122 y sigs.; xxxiii, pág. 261 y sigs.; xxxvii, pág. 318 y sigs. Nápoles, 1738.

(7) S. Agustín, *Expos. Epist. ad Rom.*, tom. III, p. II, pág. 659 y sigs. Amberes, 1701.

ha podido decir que *los discursos licenciosos corrompen las buenas costumbres* (1), ¿cuál no será la depravación de los jóvenes sujetos, ora á catedráticos, ora á autores que, al tratar estas materias y á pretexto de hacerse comprender mejor, multiplican las hipótesis, usan equívocos maliciosos, no tienen una palabra para anatematizar el vicio y el crimen, y enseñan, por el contrario, la manera de cometerlo impunemente?

He aquí ciertamente la causa más común de la corrupción de tantos desgraciados, *cuyos huesos están impregnados de los vicios de su mocedad* (2).

VII.—**Precauciones que hay que tomar contra este desorden.**—Para conjurar tamaño peligro, no solamente es preciso evitar á semejantes autores y profesores, sí que también es necesario rodearse de todas las precauciones para estudiar esta parte tan escabrosa de la Medicina.

Conviene además que se imponga la obligación de no leerlos nunca por simple curiosidad; de no recordarlos por mala intención, y de no hablar de ellos por chanza. De no hacerlo así, con seguridad se avivará el fuego de las pasiones, que pervierte las buenas costumbres y que pronto se hace sumamente difícil poderlo apagar (3).

De otra parte, es preciso elevar el corazón á Dios, rectificar las intenciones dirigiéndolas hacia el cumplimiento de un deber prescrito por el mismo Dios, rogar, meditar y frecuentar los santos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Dios no abandona al que para cumplir un deber se expone al peligro, confiando en su omnipotente ayuda (4). Por último, la Medicina no ha de servir únicamente para aprender las acciones deshonestas, propias de los libertinos, sino para estudiar las variadas y terribles enfermedades que son su castigo acá en la tierra (5), aguardando el que prepara en la otra vida la divina justicia ultrajada (6).

VIII.—**El desprecio de la muerte provoca la maldad.**—La principal causa de la perversión de algunos médicos es, si así puedo expresarme, su mucha familiaridad con la muerte. El hombre que no la

(1) I ad Corinth., xv, 33.

(2) Job, xx, 11.

(3) Eccli., ix, 9.

(4) Deuter., xx, 1 y sigs.—Isai., xl, 31.

(5) Prov., v, 4.—Ezech., xxiii, 35.

(6) Ad. Ephes., v, 5.

medita nunca, acaba por olvidarla, lo cual le es muy perjudicial; pero si demasiado cerca la contempla, acaba con frecuencia por despreciarla. La idea de la muerte es un estímulo muy eficaz para producir el bien; pero, como todos los estimulantes, á fuerza de repetirse debilitan la sensibilidad (1). Mirada de cerca y continuamente, no agita la imaginación, y no produce más efecto que si no existiera. ¿Qué medios le quedan, pues, al médico para ejercitarse en la virtud, si se hace sordo á los avisos de la razón y de la fe, y acaba por despreciar los de la muerte (2)? Esta es la razón por la que se observa tanta licencia entre los soldados, tantos desórdenes entre los marinos y tanta crueldad entre los ladrones; y por esto las malas costumbres triunfarán aún de los médicos, si contemplando sin cesar los trofeos de la muerte, no se aplican á seguir la conducta que voy á proponer.

IX.—**Preservativo.**—Helo aquí. Es preciso que el médico vea en la muerte de los otros un anuncio de la suya, como hacían los Santos, con sumo provecho espiritual de su parte. ¿Qué sucede, en efecto, cuando los médicos no ven en la muerte nada más que una desgracia ocurrida á otros, sin pensar que vendrá también para ellos? Que á la hora suprema están llenos de temor y toman una actitud de cobardes. Cuando, por el contrario, testigos de tantas muertes diferentes, aprendan á temer la incertidumbre de la vida, la proximidad, las angustias y las consecuencias de su propia muerte, *nunca jamás pecarán* (3); antes bien encontrarán en el estudio y en el ejercicio de la Medicina una razón para progresar de virtud en virtud. No he querido aquí (como en el siguiente capítulo) pasar por alto estas oportunas advertencias; queriendo seguir las huellas de San Agustín, que dice expresamente: *En toda cuestión relativa á la vida y á las costumbres es preciso unir la exhortación á la doctrina, porque si una nos enseña nuestros deberes, la otra nos excita á cumplirlos* (4).

(1) Dumas, *Principes de physiologie*, tom. II, pág. 89 y sigs.

(2) S. Juan Crisóstomo llamaba incurable á aquel de quien se podía decir: *Quidquid terribile est, usu vilescit*. Hom. XL, c. xx in Matth.

(3) Eccli., VII, 40.

(4) S. Agustín, *De bono viduitatis*, c. I, pág. 271. Amberes, 1701.

## CAPÍTULO XVI

**Reflexiones acerca el gran número de médicos que se han santificado, y de Santos á cuya santificación han contribuido los médicos.**

Es largo el catálogo de médicos ilustres por su santidad.—Los médicos no deben contentarse con saber la verdad.—Un médico con sus máximas puede influir mucho en las buenas costumbres,—y también con sus consejos.—Veneración y confianza que deben manifestar por los bienaventurados.—Influencia del médico para moralizar las costumbres.—Obras de piedad particulares de los médicos.—Servicios prestados por la Medicina en las Misiones apostólicas.—Servicios que los médicos pueden prestar á la Iglesia.

I.—**Es largo el catálogo de médicos ilustres por su santidad.**  
—*Registrense todas las historias cristianas... no se encontrará, aparte de la Teología, ningún arte, ninguna ciencia, que haya dado al cielo mayor número de bienaventurados que la Medicina* (1).

Cuando leí por vez primera estas palabras en un autor antiguo, creí en seguida que habría exageración. Pensaba que á ejemplo de un gran número de abogados, de magistrados y de militares que habían abandonado su profesión para dedicarse más libremente al ejercicio de la virtud, muchos médicos canonizados por la Iglesia habrían hecho otro tanto. Esta idea me indujo á estudiar este asunto con más atención, y de mis investigaciones resulta que el número de médicos muertos en olor de santidad, en el ejercicio de sus funciones, es verdaderamente considerable.

No voy á reproducir el catálogo de los mismos, porque se encuentra en muchos autores. Me limitaré, pues, á indicar algunas de las obras donde pueden encontrarse (2), y á hacer algunas observacio-

(1) Baldit, *Speculum Sacro-Medicum*, Apénd., pág. 42.

(2) Gracias á la actividad y á la inmensa erudición bibliográfica de mi eminente amigo D. Francisco Cancellieri, he podido ahorrarme el trabajo de formar este catálogo. En sus *Memorias de los Stos. Médicos mártires*, publicadas en Roma en 1812, no se limita á enumerar los santos de la Medicina, y á suministrar las noticias bibliográficas sobre cada uno de ellos (pág. 71 y sigs.), sino que cita además los autores que antes que él se habían ocupado en la formación de dicho catálogo. He aquí algunos de sus nombres: Johan. Alb. Fabricii, *Biblioth. Græc.*, tom. VII, pág. 138 y 139.—Theoph. Raynandus, *De titulis cultus Sanctorum*, tom. VIII, oper., pág. 569, ó sea tratado de médicos canonizados.—Menochio, *Des Saints honorés et invoqués comme protecteurs des sciences et arts et dans certaines especes de maladies*.—Stuore Cent., VI, 264. Hubo Santos de todas condiciones y de todas las profesiones, Cent. VIII, 315.—Johan Molani, *Diarium ecclesiasticum medicorum* (Lovaina, 1595).—Abra Bzovii, *Nomenclator Sanctorum professione medico-*